

DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 56, 1.6-7): *Mi casa es casa de oración.*

Salmo (66, 2-3.5.6 y 8) «*Oh, Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben*»

2ª lectura (Romanos 11, 13-15.29-32): *Haré honor a mi ministerio.*

Evangelio (Mateo 15, 21-28): *Ten compasión de mí, Señor Hijo de David.*

La primera lectura, del inicio del tercer Isaías, comienza con una noticia que suena a nueva etapa. Pero si la salvación y el régimen de justicia ya habían sido anunciados. **¿Dónde está la novedad?** Precisamente en que la salvación es anunciada a quienes, hasta ahora, les había estado vedada: a los extranjeros. San Pablo lo extenderá a todos los no judíos, es decir, a los paganos, entre los que estamos nosotros. La mujer, cuya identidad la limita Mateo a su origen de raza, es cananea y, por tanto, extranjera. Jesús tiene conciencia de que su misión se reduce a Israel. Por ello, no dice nada, ya que no busca su prestigio personal, sino la fe que permita identificar los signos (en este caso la curación) con la confianza radical en su persona. Con Él llega el Reino a través de su Palabra y de sus signos.

La intercesión de los discípulos tiene su interés, ya que refleja la dificultad existente en la Comunidad Cristiana de Mateo de aceptar entre ellos a los paganos. Mateo recuerda así a los cristianos de su Comunidad que Jesús también encontró fe en los paganos, fe que les permitía entrar a formar parte de la Iglesia.

Jesús se admira de la fe de esta mujer extranjera, pagana. Y la salvación, en forma de curación, le llega, también a los que son paganos. Y gracias al Espíritu Santo y a san Pablo, a nosotros nos ha llegado la salvación por medio de la fe en esos testigos. La señal de que nuestra fe va madurando es, precisamente, que derriba barreras y nos hace más acogedores. Y a mayor y más clara identidad de nuestra condición cristiana, mayor es nuestra capacidad para acoger y dialogar con quien practica otra religión u otro camino espiritual. Todo creyente que no tenga una historia de relación afectiva con Cristo Jesús, no tendrá identidad y vivirá al aire de lo que le ofrezcan en cada momento.

Esto no es tarea fácil. Por un lado, porque en nuestra cultura respetamos la intimidad y la autonomía del otro. Por otro lado, porque enseguida nos defendemos para no arriesgarnos a derribar barreras. Un buen inicio para derribar barreras es empezar a quitar de nosotros prejuicios o etiquetas. Las personas siempre son más que nuestros prejuicios o sus comportamientos. Por otra parte, en el sínodo de los Obispos se nos interpeló a que teníamos que escuchar a los otros, lo cual no es cuestión de aprender psicología, sino de corazón que acoge y empatiza.

Si recordamos la expresión de Jesús en el evangelio del domingo pasado, veremos que la falta de fe se le reprocha a uno de los discípulos más cercanos a Jesús, mientras que en el evangelio de hoy Jesús alaba la fe de la mujer cananea, símbolo de la marginación de la época.

No falta en el evangelio un síntoma de esa condición marginal de la cananea, cuando Jesús parece desatenderla y ante el ruego de los discípulos el Maestro le dice: **«No está bien echar a los perros el pan de los hijos»**. Más dura no pudo ser la respuesta de Jesús, pero la mujer manifiesta que ella cree en Jesús, de Él lo espera todo y no le escandaliza su dura respuesta. Ella insiste y se atreve a reclamar las migajas de los perros. Nada de presunción en la mujer, sólo confianza absoluta en el poder de Jesús.

Este evangelio lo leemos en un contexto litúrgico en el que el texto de Isaías y el de la carta a los Romanos tratan de la acogida a los extranjeros, de los rebeldes o infieles, en la casa del Señor. Esa es la gran victoria de Yahvé, el Dios de Israel, que manifiesta su soberanía sobre todas las naciones. Ellas se darán al Señor y colaborarán en su proyecto salvífico universal, al descubrir que la predilección por un pueblo escogido no impide a Dios abrir su ternura y bondad hacia todos los que acuden a Él.

Ni unos ni otros tienen derechos establecidos; nada tienen que urgir frente a la soberanía divina. Él es el Señor y su Creador, el origen y fuente de toda bondad. La rebeldía es lo contrario al agradecimiento que cultiva la bondad. No se trata de servilismo humillante, sino de humilde colaboración en el gran proyecto divino sobre el universo. En Dios no hay abuso de poder, pero sí se manifiesta implacable frente a la mentira de quien se alía con el Maligno para impedir el imperio de la Verdad.

Este imperio divino es lo que conocemos nosotros como el Reino de Dios; algo muy diverso a los reinos de este mundo. Hace falta mucha paciencia para entender el lenguaje de Dios sin sentirnos humillados cuando no satisface nuestras exigencias. Lejos de rebelarnos frente Él, podríamos aprender de esa mujer cananea, que supo manifestar su hambre de Dios sin temer a que se la comparase con perrillos. Para eso hace falta tener una gran fe.

Pablo nos advierte del riesgo que todos corremos de ser rebeldes a Dios, pero abre un amplio horizonte de esperanza al afirmar que es en la rebeldía donde mejor se manifiesta la paciencia y la ternura de Dios, ya que no nos elimina de su proyecto salvífico, sino que nos ilumina con su gracia para que iniciemos el camino de retorno a Él.

El designio de Dios, su voluntad soberana, es pura bondad para todas sus criaturas. Sin la luz de la fe pronto nos cansamos de enfrentarnos con el misterio de las exigencias del Reino de Dios, que con frecuencia requieren mayor virtud y esfuerzo para aceptarlas. Pero no olvidemos que nuestras limitaciones enormes están asistidas por la gracia de Dios que nos potencia sobradamente. Nos bastaría reconocer que somos llamados a colaborar en el reino divino y no a declararle la guerra.